



Hasta el extremo...

*Renueva la
Esperanza*

Jueves Santo

Momento Personal de interiorización



MARISTAS
AMÉRICA CENTRAL

Busca una posición tranquila, cómoda, atenta. Haz silencio interior y exterior, de tal manera que puedas dar paso a la presencia de Dios. Hazte consciente de este momento que vas a vivir y recibe como Don todo lo que él recibirá...

❖ Motivación

Hay algunos gestos humanos que nos conmueven profundamente. El evangelio de hoy con el que comenzamos el Triduo Pascual nos narra uno de estos. Jesús se levanta de la mesa y, con la simpleza y la profundidad de los gestos que son proféticos, lava los pies a sus discípulos. Dice el evangelista que Jesús en esta cena “amó a los suyos hasta el fin”. ¿Qué nos quiere decir esta expresión?

Algunos comentaristas del texto dicen que hace referencia a un amor hasta el final de su vida, hasta su muerte. Qué Jesús los amó de un modo que sobrepasaba todo amor imaginable. Un gesto de amor sin medida, que involucra toda existencia. En el gesto profético de Jesús, encontramos un nuevo modo de amar. Un amor que no es pasividad ni espera, sino que es acción, iniciativa, “primero” diría el Papa Francisco. Un amor que se abaja tomando el último lugar para servir a todos. Es un gesto profético porque nos sigue hablando por sí mismo a pesar de los siglos y culturas que nos separan.

Al mismo tiempo este modo de amar apasionado, no se puede contener, y desborda contagiando a aquel que se deja interpelar. Nos presenta un amor que “quema” todo lo que toca, transformando por completo la vida del que se deja amar.

Leo despacio el texto del evangelio, si es necesario varias veces. Escojo una palabra o frase y dejo que vaya resonando en mi interior, de tal manera que vaya calando en mi corazón...

❖ Lectura Juan 13,1-15: JESÚS LAVA LOS PIES A SUS DISCIPULOS

Antes de la Fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de salir de este mundo para ir al Padre, así como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Hicieron la Cena. Ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el proyecto de entregar a Jesús. Y él sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía. Se levantó mientras cenaba, se quitó el manto, se ató una toalla a la cintura y echó agua en un recipiente. Luego se puso a lavarles los pies a sus discípulos y se los secaba con la toalla.

Cuando llegó el turno a Simón Pedro, éste le dijo: “Tú, Señor, ¿me vas a lavar los pies a mí?”. Jesús le contestó: “Tú no puedes comprender ahora lo que yo estoy haciendo. Lo comprenderás después”.

Pedro le dijo: “A mí nunca me lavarás los pies” Jesús le respondió: “Esto no es necesario para el que se ha bañado, pues está del todo limpio. Ustedes están limpios, aunque no todos” Jesús sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: “No todos están limpios”.

Cuando terminó de lavarles los pies y se volvió a poner el manto se sentó a la mesa y dijo: “¿Entienden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman: El Señor, y: El Maestro. Y dicen verdad, pues lo soy. Si yo, siendo el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros.

Les he dado un ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes.

Momento personal de interiorización



Leo, medito e interiorizo el comentario del Evangelio...

❖ Comentario del Evangelio (Fray Marcos)

La liturgia de este día se centra en el recuerdo de la cena de despedida que Jesús realiza con sus discípulos y en los dos acontecimientos que en ella se desarrollan: el lavatorio de los pies y la institución de la eucaristía. Ni los evangelistas, ni los exegetas se ponen de acuerdo si fue o no fue una cena pascual. No tienen mayor importancia, porque para nosotros lo esencial está en lo que va más allá del rito judío de la cena pascual. Esta pascua no es ya la pascua de los judíos.

Es curioso que los tres evangelistas que narran la institución de la eucaristía no hablen del lavatorio de los pies, y Juan que narra el lavatorio de los pies, no dice nada de la institución de la eucaristía. La verdad es que los dos signos expresan exactamente la misma realidad significada: la entrega total de sí mismo por parte de Jesús. Tampoco sabemos el sentido exacto que quiso dar Jesús a aquellos gestos y palabras. La protesta de Pedro deja claro que, en aquel momento, los discípulos no entendieron nada.

Debemos comenzar por tomar conciencia de la importancia de lo que celebramos, como la toma el evangelista Juan cuando ha hecho esa grandiosa obertura: “Consciente Jesús de que había llegado su “hora”, la de pasar de este mundo al Padre, él que había amado a los suyos que estaban en medio del mundo, les demostró su amor hasta el final” (en el más alto grado). Pero no es menos sorprendente el final del relato: ¡Entienden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman el “Maestro” y el “Señor”; y dicen bien, porque lo soy. Si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, sepan que también ustedes deben lavarse los pies unos a otros”. En estas dos frases que inician y terminan el relato, tenemos la clave de la celebración de hoy.



Vamos a comenzar por el lavatorio de los pies. No porque sea más importante que la eucaristía, sino porque espero que esta reflexión nos ayude a comprenderla mejor. En ese gesto, Cristo está tan presente como en la celebración de la eucaristía. Lavar los pies era un servicio que solo hacían los esclavos. Jesús quiere manifestar que él está entre ellos como el que sirve, no como el Señor. Lo importante no es el hecho físico, sino el simbolismo que en él se encierra. Tanto el pan y el vino como el lavatorio nos están diciendo que la plenitud de Jesús como ser humano, está en el dejarse comer o en el servir a los demás. Fíjense que ese profundo simbolismo que se quiere manifestar en el evangelio de Juan. El más espiritual y místico de los evangelistas, el que más profundizó en el mensaje de Jesús, ni siquiera menciona la institución de la eucaristía. Sospecho que la eucaristía se había convertido ya en un rito mágico y formal, vacío de contenido, y Juan quiso recuperar para la última cena el carácter de recuerdo de Jesús como don, como entrega.

“Yo estoy entre ustedes como el que sirve. “Jesús no renuncia a ninguna grandeza humana. Al contrario, denuncia la falsedad de la grandeza humana que se apoya en el poder o en el dominio de los demás, pero proclama que la verdadera grandeza humana está en parecerse a Dios que se da sin condiciones ni reservas. Poco después del texto que hemos leído, dice Jesús: “Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado”. Esta es la explicación definitiva que da Jesús a los que acaba de hacer. Cuando seguimos insistiendo en los diez mandamientos de Moisés, nos quedamos a años luz del mensaje de Jesús. Para el que quiere seguir a Jesús, todo queda reducido a esto: ¡Améense! No dijo que debíamos amar a Dios, ni siquiera que debíamos amarle a él. Tenemos que amar a los demás, eso sí como Dios ama, como Jesús amó.

Una eucaristía celebrada como una devoción más, que comienza y termina en la iglesia, no es la eucaristía que celebró Jesús. Celebrar la eucaristía es aceptar el compromiso de darse hasta el final. La eucaristía no es más que el signo (sacramento) de la entrega, sin entrega el signo queda reducido a un garabato.

En este relato del lavatorio de los pies, no se dice nada que no se diga en el relato del pan partido y del vino derramado; pero en la eucaristía corremos el riesgo de quedarnos en una visión espiritualista y abstracta que no afecta a mi vida concreta. La presencia real de Cristo en el pan y el vino, entendida de una manera estática y física, nos puede impedir descubrir el aspecto vivencial del sacramento y dejarnos al margen de la verdadera intención de Jesús al compartir esos gestos con sus discípulos. Tenemos que hacer un esfuerzo por descubrir el verdadero significado de la eucaristía a la luz del lavatorio de los pies. Jesús toma un pan mientras lo parte y lo reparte dice: esto soy yo. Recordemos que “cuerpo en la antropología judía del tiempo de Jesús, quería decir persona, no carne. Como si dijera: métanse bien en la cabeza, que yo estoy aquí para



partirme, para dejarme comer, para dejarme masticar, para dejarme asimilar, para desaparecer dando mi propio ser a los demás. Yo soy sangre (vida) que se derrama por todos, es decir, que da Vida a todos, que saca de la tristeza y de la muerte a todo el que me bebe... Eso soy yo. Eso tienen que ser ustedes. Por haber insistido, durante muchos siglos, exclusivamente en la presencia real de Cristo en la eucaristía, nos acercamos al sacramento como una realidad misteriosa insondable, pero no tiene para nosotros ningún valor de persuasión, no lleva a ningún compromiso con los demás. La presencia real, por el contrario, debería potenciar el verdadero significado del gesto. Nos debería de recordar en todo momento lo que Jesús fue y lo que nosotros, como cristianos, debemos ser. El haber cambiado este sentido dinámico por una adoración, ha empobrecido el sacramento hasta convertirlo en algo aséptico, que nada me exige y nada me motiva.

Lo que Jesús quiso decirnos en estos gestos es que él era un ser para los demás que el objetivo de su existencia era darse; que había venido no para que le sirvieran, sino para servir manifestando de esta manera que su meta, su fin, su plenitud humana solo la alcanzaría cuando se diera totalmente, cuando llegara a la donación total en la muerte asumida y aceptada. Sólo un Jesús des-trozado puede ser asimilado e integrado en nuestro propio ser. Descubrir que destrozarnos para que nos puedan comer, es también la meta para nosotros, es el primer objetivo de un seguidor de Jesús.

Juan no menciona la eucaristía en el relato de la última cena, pero no se olvidó de un sacramento que tuvo tanta importancia para la primera comunidad. En el capítulo 6 del evangelio de Juan, encontramos la verdadera explicación de lo que es la eucaristía. “Yo soy el pan de Vida”; pero para explicar esto, dice a continuación: “Quien viene a mí, nunca pasará hambre; el que me presta su adhesión, nunca pasará sed”. Está muy claro que comer materialmente el pan y beber literalmente la sangre no es más que un signo (sacramento) de la adhesión a Jesús, que es lo verdaderamente importante. Se trata de identificarse con su manera de ser

hombre, resumida en el servicio a los demás hasta deshacerse por ellos. El mayor peligro que tenemos hoy los cristianos es acercarnos al sacramento como medio de unirnos a Dios, olvidándonos de los hombres. En el mismo capítulo 6, dice un poco más adelante: “El Padre que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo que el que me “come” vivirá por mí”. Para mí, no hay en todo el Nuevo Testamento una explicación más profunda de lo que significa este sacramento. Jesús tiene la misma Vida, la definitiva, la trascendente, la que no se verá alterada por la muerte biológica. Para hacer nuestra esa Vida, tenemos que aceptar la “muerte”, no la física, aunque también, sino la muerte a todo lo que hay en nosotros de caduco, de terreno, de transitorio, de individualismo, de egoísmo. Sin esa muerte, nunca podrá haber Vida. No se trata de renunciar a nada, sino de conseguirlo todo. Todo lo que no es esa Vida, antes o después, se desvanecerá. Si hemos estado toda la vida biológica, preocupados solo por lo material, esa misma vida perderá sentido.

Termino este momento personal de interiorización pidiendo por todos mis hermanos/as del mundo, por aquellos que no se les ha permitido soñar, por los que no encuentran sentido a su vida, por los que están tristes, por los que son descartados en el mundo. En todos ellos, Jesús hoy nos invita a que nos acerquemos, sirvamos y amemos sin medida.